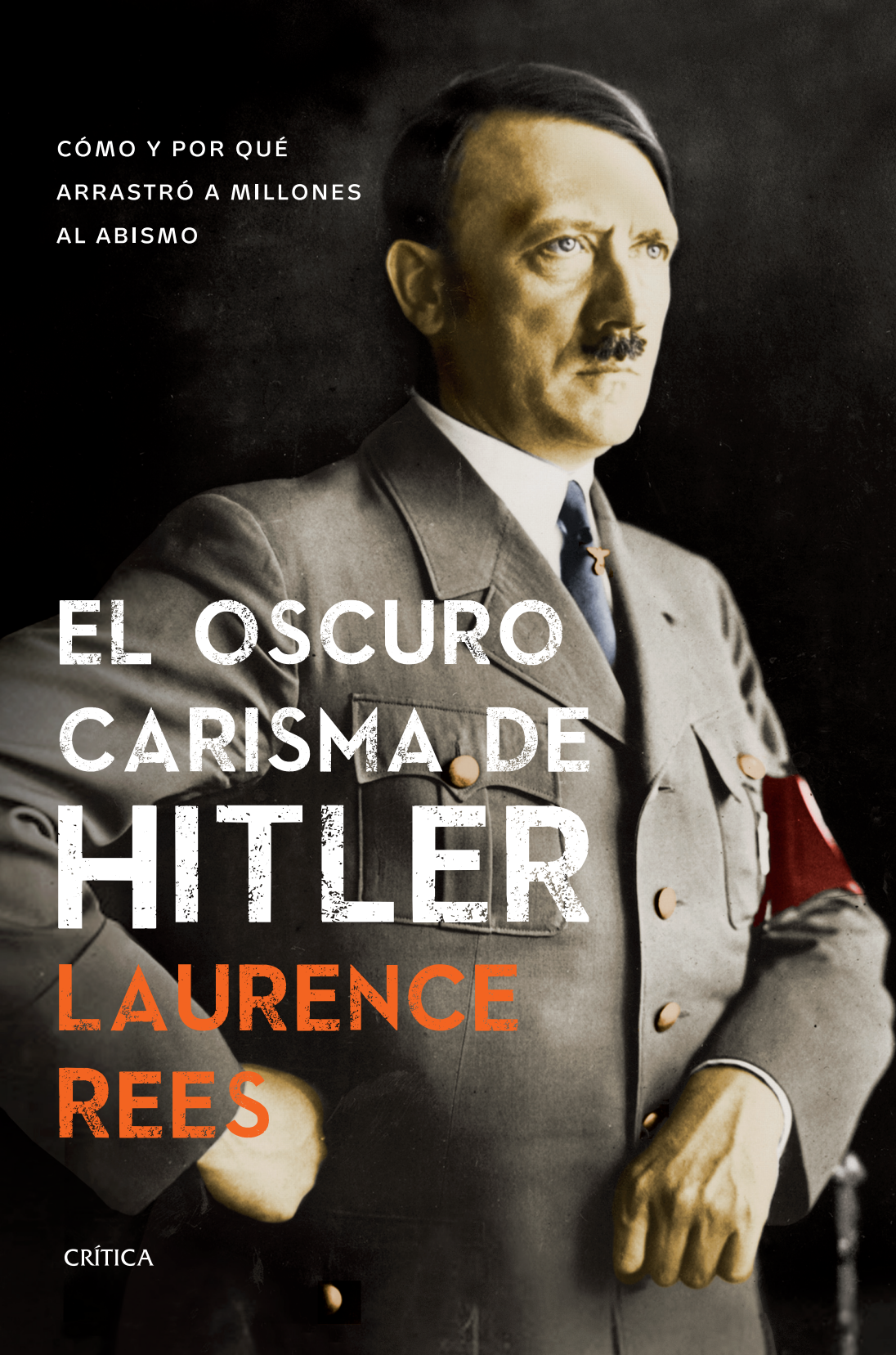




CÓMO Y POR QUÉ
ARRASTRÓ A MILLONES
AL ABISMO

EL OSCURO CARISMA DE HITLER

LAURENCE
REES

CRÍTICA

LAURENCE REES

EL OSCURO CARISMA DE HITLER

Cómo y por qué arrastró a millones al abismo

Traducción castellana de
Gonzalo García

CRÍTICA
BARCELONA

Primera edición: abril de 2013

El oscuro carisma de Hitler
Laurence Rees

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal)

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47

Título original: *The Dark Charisma of Adolf Hitler*

© del diseño de la portada, Jaime Fernández, 2013

© de la imagen de la portada, AGE Fotostock

© Laurence Rees, 2012

First published in 2012 by Ebury Press, an imprint of Ebury Publishing
A Random House Group company

© 2012, de la traducción, Efrén del Valle Peñamil

© Editorial Planeta S. A., 2013

Av. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)
Crítica es un sello editorial de Editorial Planeta, S. A.

editorial@ed-critica.es

www.ed-critica.es

www.espacioculturalyacademico.com

ISBN: 978-84-9892-537-1

Depósito legal: B. 5527 - 2013

2013. Impreso y encuadernado en España por Liberdúplex

Índice

<i>Introducción</i>	11
1. Descubrir una misión.	17
2. Estableciendo contacto	27
3. Buscando un héroe.	37
4. Desarrollando una visión	47
5. Ofreciendo esperanza en una crisis	57
6. Certeza	67
7. El hombre que vendrá	77
8. La importancia de los enemigos.	99
9. El atractivo de lo radical.	107
10. El placer de la liberación	119
11. Haciendo realidad la visión	131
12. La apuesta a lo grande	161
13. Carisma y exceso de confianza	183
14. Falsa esperanza y el asesinato de millones de personas	209
15. La última oportunidad.	233
16. La muerte del carisma	245
<i>Notas</i>	265
<i>Agradecimientos</i>	295
<i>Créditos de las imágenes</i>	297
<i>Índice analítico</i>	299

Descubrir una misión

En 1913, cuando Adolf Hitler tenía veinticuatro años, ningún aspecto de su vida apuntaba a que fuera a convertirse en un futuro líder carismático de Alemania. Ni su profesión —a duras penas se ganaba la vida como pintor para turistas en Múnich—; ni su hogar —vivía en una pequeña habitación alquilada al sastre Josef Popp en la tercera planta de una casa situada en Schleissheimer Strasse número 34, al norte de la estación central de Múnich; ni la ropa que llevaba —vestía con un estilo conservador, aunque desaharrapado, a la manera burguesa convencional de la época: abrigo y pantalones negros—; ni su aspecto físico —su semblante era poco atractivo, con pómulos hundidos, dientes des-
teñidos, un bigote desgredado y el cabello lacio y negro que le caía sobre la frente—; ni su vida emocional —le resultaba imposible mantener una amistad duradera y jamás había tenido novia.

El principal sello distintivo era su capacidad para odiar. «Estaba peleado con el mundo», escribía August Kubizek, que había vivido con él años antes. «Allá donde miraba veía injusticia, odio y enemistad. Nada era ajeno a sus críticas, nada era digno de su aprobación ... Asfixiado por su catálogo de odios, volcaba su furia sobre todo, sobre la humanidad en general, que no le comprendía, que no le apreciaba y por la cual era perseguido.»¹

¿Cómo era posible que aquel hombre tan mediocre a sus veinticuatro años se convirtiera en una de las figuras más poderosas e infames de la historia del mundo, en un líder, asimismo, conocido por su «carisma»?

Por supuesto, las circunstancias influyeron sobremanera en esa transformación. Pero uno de los numerosos aspectos destacados de esta historia es que varios de los principales rasgos de personalidad que Hitler poseía como pintor excéntrico que deambulaba fatigosamente por las calles de Múnich en 1913 —aspectos de su carácter que en su momento contribuyeron a su falta de éxito profesional y personal— no solo serían una constante durante el resto de su

vida, sino que a la postre serían percibidos más que como flaquezas, como virtudes. La monumental intolerancia de Hitler, por ejemplo, le impedía debatir cualquier asunto. Exponía sus opiniones y luego perdía los estribos si era cuestionado o criticado sistemáticamente. Pero lo que se percibía como unos eslóganes ignorantes expresados a voces en 1913 se vería más tarde como una postura firme. Luego estaba su enorme exceso de confianza en sus propias habilidades. Unos años antes, en Viena, había anunciado a su perplejo compañero de habitación que había decidido componer una ópera, y el hecho de que no supiera leer ni escribir música no constituía un impedimento.

Cuando llegó a Múnich, Hitler ya había vivido años de decepciones. Nacido el 20 de abril de 1889 en la población austríaca de Braunau am Inn, situada en la frontera con Alemania, Hitler no se llevaba bien con su anciano padre, un agente de aduanas que le pegaba. Su progenitor falleció en enero de 1903 a la edad de sesenta y cinco años, y su madre sucumbió a un cáncer cuatro años después, en diciembre de 1907, cuando tenía solo cuarenta y siete. Hitler, huérfano a los dieciocho años, divagó entre Linz, en Austria, y la capital, Viena, y en 1909 experimentó durante meses unas condiciones de pobreza extrema, hasta que un pequeño regalo económico de una tía suya le permitió establecerse como pintor. Le disgustaba Viena, que consideraba una ciudad sórdida e infecta erizada de prostitución y corrupción. Hasta su veinticuatro cumpleaños, cuando recibió una tardía herencia de solo ochocientas coronas estipuladas por el testamento de su padre, no pudo abandonar Austria y buscar alojamiento en Múnich, aquella ciudad «alemana», un lugar al que, según diría más tarde, se sentía «más unido» que «a cualquier otro tramo de tierra de este mundo».²

Pero, aunque por fin residía en una ciudad que le encantaba, Hitler parecía abocado a una oscuridad absoluta. Pese a la impresión que más tarde quiso proyectar al mundo —en su autobiografía, *Mein Kampf* («Mi lucha»), escrita once años después, Hitler trató de convencer a sus lectores de que en aquella época había ejercido casi de político en ciernes—,³ en 1913 era un individuo social y emocionalmente inadecuado que llevaba una vida errática. Además, a sus veinticuatro años no poseía un sentido de la misión personal, cosa que muchas otras figuras históricas percibidas como líderes carismáticos ya tenían a esa edad. Hitler descubrió la que consideraba su «misión en la vida» a consecuencia de la primera guerra mundial y su desenlace. Sin esos acontecimientos épicos probablemente se habría quedado en Múnich y sería un desconocido para la historia.

Por el contrario, emprendió su viaje hacia el inconsciente del mundo el 3 de agosto de 1914, cuando solicitó —como austríaco— alistarse en el ejército bávaro. Justo dos días antes, el 1 de agosto, Alemania había declarado la guerra a Rusia. Ahora, Hitler anhelaba servir al Estado alemán que tanto admiraba, y su deseo le fue concedido cuando en septiembre de 1914 fue destinado como soldado raso al 16.º Regimiento Bávaro de Reserva (también conocido como el Regimiento «List»). Al mes siguiente entró en acción por primera vez cerca de

Ypres, y escribió a un conocido que vivía en Múnich relatando la escena: «A izquierda y derecha saltaba la metralla, y en medio silbaban las balas inglesas. Pero no prestábamos atención ... Sobre nosotros aullaban los proyectiles, y los troncos y las ramas de los árboles volaban a nuestro alrededor. Las granadas impactaban contra la madera, levantando nubes de piedras y tierra y tiéndolo todo de un vapor amarillo verdoso, hediondo y nauseabundo ... Pienso a menudo en Múnich, y todos nosotros deseamos únicamente que esa gente reciba su merecido de una vez por todas. Queremos una lucha sin cuartel, cueste lo que cueste...».⁴

Esas son las palabras de un hombre que ha encontrado algo. No solo —por primera vez— un objetivo en una empresa comunal con otros seres humanos, sino una reflexión auténtica sobre las excepcionales posibilidades de la existencia. Y este conflicto no solo tendría un efecto similar en Hitler, sino también en muchos otros. «La guerra, el padre de todas las cosas, también es nuestro padre», escribía Ernst Jünger, otro veterano de la guerra. «Nos ha martilleado y nos ha cincelado; nos ha endurecido hasta convertirnos en lo que somos ahora. Y, para siempre, mientras la rueda de la vida siga girando en nuestro interior, la guerra será el eje sobre el cual se mueve. Nos entrenó para la guerra, y guerreros seremos mientras exhalamos el aliento de la vida.»⁵

Lo que Hitler, Jünger y millones de personas experimentaron en el frente occidental fue una guerra sin parangón, una guerra en la que el poderío de armas defensivas como la ametralladora y el alambre de espino confinaron el conflicto a unos campos de batalla angostos y sangrientos, una guerra en la que los lanzallamas, los explosivos de gran potencia y el gas venenoso causaron estragos. A consecuencia de ello, para Hitler, el «romanticismo» de la batalla pronto se vio «reemplazado por el horror».⁶

No es sorprendente que Hitler se formara la opinión de que la vida era una lucha constante y brutal. Para un soldado raso, la vida durante la primera guerra mundial era justamente así. Pero no solo era eso. También reinaba —especialmente para Adolf Hitler— la sensación de que la experiencia de aquella guerra era también una prueba que brindaba la posibilidad de consumir actos de heroísmo. Y aun así, pese a obras académicas recientes que confirman que Hitler no vivió en las trincheras, sino que sirvió de correo en el cuartel general del regimiento, situado por detrás de la línea del frente,⁷ no cabe duda de que Adolf Hitler fue un soldado valeroso. Resultó herido en octubre de 1916 en la batalla del Somme y dos años después recibió la Cruz de Hierro de Primera Clase. Fue propuesto para esta condecoración por Hugo Gutmann, un alto mando judío, y la recomendación oficial, llevada a cabo por Emmerich von Godin, comandante del regimiento, afirmaba que «como correo», Hitler era «un modelo de sangre fría y agallas tanto en la guerra estática como móvil», y que siempre estaba «dispuesto a ofrecerse voluntario para entregar mensajes en las situaciones más difíciles, poniendo su vida en riesgo».⁸

No obstante, pese a su valentía, Hitler continuaba siendo un personaje tan inusual para sus compañeros de regimiento como lo había sido para sus conocidos antes de la guerra. Como recordaba más tarde el soldado Balthasar Brandmayer, «había algo peculiar en Hitler».⁹ Sus camaradas consideraban extraño que nunca quisiera emborracharse o mantener relaciones sexuales con una prostituta, que pasara su tiempo libre leyendo o dibujando o que en ocasiones arengara a quienes lo rodeaban sobre cualquier tema que le interesara, que pareciera no tener amigos ni familia y que, en consecuencia, fuese un hombre decididamente solitario.¹⁰ En lo que a «carisma» se refiere, Hitler no parecía poseer ninguno en absoluto.

Pero estaba totalmente comprometido con la guerra, y extrapoló de su valentía y compromiso la creencia de que casi todos los demás hombres que combatían en la línea del frente sentían lo mismo. Era detrás de las líneas, en Alemania, según escribía en *Mein Kampf*, donde las tropas fueron «traicionadas» por quienes querían sacar provecho del sacrificio de los soldados que estaban luchando. Esta idea de una *Frontgemeinschaft*, una camaradería unida de soldados de la línea del frente que se vieron abandonados por quienes se encontraban lejos del campo de batalla, es un mito, pero gozaba de popularidad. Cuando Hitler resultó herido por última vez en combate en octubre de 1918, cerca de Ypres, Alemania había perdido la guerra por varias razones, ninguna de las cuales fue una «traición» detrás de las líneas. La realidad era que los alemanes fueron aplastados por el gigantesco peso de las fuerzas liberadas contra ellos, en especial las estadounidenses, cuya entrada en la guerra en abril de 1917 garantizó la llegada de centenares de miles de nuevos efectivos. Asimismo, el bloqueo alemán por parte de los barcos aliados había causado una escasez de alimentos generalizada, una situación acuciante que empeoró a causa de un brote masivo de gripe en la primavera de 1918.

Aquel otoño, muchos miembros de las fuerzas armadas alemanas habían llegado a la conclusión de que la guerra estaba perdida. En octubre, los marineros del almirante Franz von Hipper se negaron a zarpar para combatir en una última acción condenada al fracaso contra los Aliados. Al poco estalló un motín en la ciudad naval de Kiel que se propagó a Lübeck, Bremen y, finalmente, a Hamburgo. La revolución en toda Alemania parecía una posibilidad, inspirada por la exitosa revuelta bolchevique que había tenido lugar en Rusia un año antes. Para los principales políticos alemanes era obvio que había que poner fin a la guerra lo antes posible, y también —dadas las exigencias de los Aliados— que, fuese cual fuese el futuro de Alemania, no se contemplaba que el káiser, el hombre más íntimamente asociado a la decisión de entrar en guerra, siguiese como jefe de estado. El general Wilhelm Groener dio al káiser esa desagradable noticia, y el 9 de noviembre de 1918, Alemania se convirtió en una república.

Esta repentina partida del jefe de estado causó una inmensa consternación entre muchos altos mandos alemanes. «En el peor momento de la guerra nos han

apuñalado por la espalda», escribía Ludwig Beck, que por aquel entonces servía en el Alto Mando del Ejército y más tarde sería jefe del Estado Mayor alemán. «En la vida me he sentido tan disgustado por algo que haya contemplado personalmente como el 9 y el 10 de noviembre. Semejante abismo de mezquindad, cobardía y falta de carácter, que hasta entonces consideraba imposible. En unas pocas horas se han desmoronado quinientos años de historia; como si de un ladrón se tratase, el emperador fue deportado a territorio holandés. Tuvo que hacersele eterno a un hombre distinguido, noble y moralmente honorable.»¹¹

Entre los soldados rasos del frente, que no eran conscientes de que a Alemania le quedaba poco tiempo en aquella guerra, reinaba una sensación similar de desconcierto, no solo por la rápida destitución del káiser, sino también por la inmediata declaración de un armisticio, que entró en vigor el 11 de noviembre de 1918. «Las tropas de la línea del frente no se sentían vapuleadas», dice Herbert Richter, que luchó en el frente occidental, «y nos preguntábamos por qué se había producido el armisticio con tanta rapidez y por qué teníamos que abandonar nuestras posiciones con tanta premura, porque todavía nos hallábamos en territorio enemigo, y todo aquello nos pareció extraño ... Estábamos enfadados, porque no teníamos la sensación de que se nos hubieran agotado las fuerzas.»¹²

Alemania parecía estar escindiéndose entre quienes, como Beck y Richter, creían que el ejército había sido traicionado, y quienes, como los marineros alemanes amotinados, habían aceptado la derrota y ahora querían que el orden social fuese derrocado. En enero de 1919, una huelga general acabó convirtiéndose en un levantamiento comunista en Berlín. Fridolin von Spaun, por entonces un adolescente de Bavaria, viajó a la capital para ser testigo de aquellos acontecimientos históricos. «Sentía una gran emoción por lo que estaba sucediendo, ya que leí acerca de la revolución de Berlín en los periódicos y tenía que ver con mis propios ojos cómo se gesta algo así. Fui a Berlín movido por la curiosidad y, una vez allí, me arrojé al tumulto. La ciudad era una locura absoluta. Cientos de miles de personas corrían por las calles y gritaban, primero a un lado y luego al otro. Había una facción muy izquierdista, y esa facción muy izquierdista sin duda estaba influida por un hombre llamado Karl Liebknecht. Y la suerte, que a veces me sonríe, me permitió verlo en carne y hueso... Yo estaba entre la multitud y, de repente, oí un grito. Entonces llegó un camión y la gente le hizo sitio, una especie de callejón. Cuando llegó, todo el mundo se puso a gritar: “¡Liebknecht, Liebknecht!”, y le lanzaron vítores. Yo ni siquiera le había visto, porque estaba rodeado de una masa de gente y acompañado por una escolta con rifles cargados de toda índole. Entonces, aquel hombre legendario, Karl Liebknecht, apareció en la ventana del piso de arriba y pronunció un discurso enardecedor. No duró demasiado, un cuarto de hora o media hora; no recuerdo que fuese más largo. Y aquel discurso me causó tal impresión que desde aquel momento me convertí en un antibolchevique acérrimo. Por todas las frases estúpidas que largó a la gente, por sus afirmaciones

increíblemente incendiarias... me di cuenta de que no le interesa en modo alguno crear un paraíso para los trabajadores. De hecho, es solo hambre de poder. Y así, completamente inmune a todas las tentaciones de la izquierda, abandoné la plaza convertido en antibolchevique. Catorce días después, el señor Liebknecht había muerto. Sus opositores les habían dado caza a él y a su cómplice, Rosa Luxemburgo, una mujer de Polonia. Simplemente los mataron a ambos. Tal vez suene muy insensible, pero no derramé una sola lágrima por ellos. Tuvieron su merecido.»¹³

Fridolin von Spaun se sintió tan consternado por lo que percibió como el «hambre de poder» de Karl Liebknecht aquel mes de enero de 1919 en Berlín que más tarde se unió a una unidad de los *Freikorps* para luchar contra los revolucionarios comunistas. Tras la destrucción del orden al término de la guerra, se había formado a varios de esos paramilitares *Freikorps* en un intento por aplastar la revolución izquierdista. Esos grupos consistían mayoritariamente en exsoldados que habían respondido a la llamada de su viejo comandante. Y fueron las unidades de los *Freikorps* —y no el ejército o la policía alemanes— quienes desempeñaron el papel más importante a la hora de contener la revolución comunista que tuvo lugar en Berlín en enero de 1919 y quienes se convirtieron en los primeros garantes de la nueva república alemana. Muchas figuras que más tarde habían de ser nazis célebres —Heinrich Himmler, Rudolf Höss y Gregor Strasser entre ellos— fueron activas en los *Freikorps* por aquella época. Pero, curiosamente, Adolf Hitler no lo fue.

En *Mein Kampf*, Adolf Hitler escribía que, mientras se encontraba postrado en una cama de hospital en Pasewalk en noviembre de 1918, temporalmente cegado¹⁴ por un ataque con gas, se sintió abrumado por la sensación de que las circunstancias del fin de la guerra representaban «la mayor infamia del siglo». ¹⁵ A su juicio, se había formado una alianza de marxistas y judíos en un intento por derrocar a la madre patria. Ese fue un momento crucial, escribía, en su decisión de «entrar en política».

El atractivo de una historia tan dramática en la formación de un mito resulta obvio. El soldado noble de la línea del frente, traicionado por políticos corruptos que velan por sus intereses, decide consagrar su vida a salvar su país. Todo encaja. Pero, si las historias de ficción pueden funcionar así, la vida rara vez lo hace. Y prueba de ello es que la gran «misión» de Hitler no se formó allí en absoluto.

Hitler salió del hospital el 17 de noviembre de 1918 y regresó a Múnich. Encontró la ciudad en pleno cambio sísmico. Diez días antes, una manifestación organizada en el parque de Theresienwiese por el político socialista Erhard Auer había causado una revolución. La mecha la encendió un periodista y abanderado antibelicista llamado Kurt Eisner, que había incitado a los soldados que asistieron a la manifestación a amotinarse contra sus superiores y hacerse con el control de sus barracones. Se formaron «consejos de trabajadores y

soldados» para poner orden en la revolución, y la monarquía hereditaria de Bavaria, la casa de Wittelsbach, fue depuesta. Múnich se había convertido en una república socialista bajo el liderazgo de Kurt Eisner.

Más tarde, Hitler expresaba en *Mein Kampf* su repulsión por cómo habían transcurrido los acontecimientos en su querida Múnich, lo cual no es de extrañar, pues Kurt Eisner era judío y socialista. No obstante, sus acciones en aquel momento fueron bien distintas. A diferencia de miles de alemanes como Fridolin von Spaun, que se incorporó a unidades paramilitares *Freikorps* para combatir la rebelión comunista, Hitler decidió continuar en el ejército. Después de trabajar brevemente como guardia en un campo de prisioneros de guerra, volvió a la ciudad a principios de 1919 para servir en su unidad en un momento en el que Múnich todavía se hallaba bajo el control de Kurt Eisner.¹⁶ Y cuando, semanas después, fue declarada la malograda «república soviética» de Bavaria, liderada por fanáticos comunistas como Eugen Levine (quien, al igual que Eisner, era judío), algunos documentos demuestran que Hitler fue elegido como representante de su batallón,¹⁷ algo que habría sido prácticamente imposible si se hubiera opuesto a la revolución comunista.

Por aquel entonces, Hitler tenía alternativas claras: podría haber intentado abandonar el ejército e incorporarse a una unidad de los *Freikorps* o, al menos, haber decidido mantener tan poca relación como fuera posible con el régimen comunista de Múnich. Que no lo hiciera plantea serias dudas sobre las posteriores afirmaciones incluidas en *Mein Kampf*, según las cuales poseía una fanática «misión» de índole política a principios de 1919. Sin embargo, ese mismo otoño, cuando Hitler escribió su primera declaración política, estaba cuajada de odio hacia los judíos y de ideas que habría de expresar durante el resto de su vida.

Lo que cambió entre la aparente aceptación de la revolución comunista que tuvo lugar en Múnich en abril de 1919 y la expresión de su odio hacia los judíos en septiembre fue la situación política. El 1 de mayo de 1919, varias unidades de los *Freikorps* se dispusieron a retomar la ciudad. La «república soviética» de Bavaria no tardó en derrumbarse, no sin que antes los comunistas asesinaran a unos veinte rehenes. La venganza de los *Freikorps* fue sangrienta y exhaustiva, y murieron al menos mil personas. La ciudad se sintió traumatizada por aquella experiencia con la revolución izquierdista y ahora adoptaría con presteza a las fuerzas de la derecha, como hizo Adolf Hitler. Poco después de la caída del Gobierno comunista en Bavaria, Hitler formó parte de un nuevo comité de soldados que investigó si algunos miembros de su regimiento habían prestado apoyo práctico al régimen. El breve coqueteo de Hitler con las instituciones de la izquierda había terminado para siempre.

El descubrimiento relativamente reciente de esta evidencia sobre la inverosímil relación de Hitler con la revolución izquierdista de Múnich ha propiciado, como es comprensible, varios intentos por explicar sus acciones. Tal vez Hitler fue posteriormente un «chaquetero»,¹⁸ y sus acciones un signo de una

situación «extremadamente confusa e incierta»¹⁹ que sirvió para ilustrar que su vida podría «haberse desarrollado en distintas direcciones».²⁰

Así pues, ¿cómo podemos comprender mejor las acciones de Hitler durante este período? ¿Es posible que su apoyo tácito a la revolución socialista de Bavaria fuese una estafa, que Hitler, en el fondo, fuese coherente con las creencias de extrema derecha que abrigaba antes pero siguiese el rumbo de los acontecimientos, tal vez actuando como espía para conocer mejor a sus oponentes? Sin duda, esta habría sido la explicación que habría ofrecido el propio Hitler si se hubiese visto obligado a hacerlo. Se habría sentido extremadamente vulnerable ante la acusación de que esta historia demuestra que era como la mayoría de los seres humanos y que estaba consternado por lo ocurrido.

Sin embargo, no existen pruebas convincentes que respalden la idea de que Hitler estaba pergeñando algún tipo de estrategia maquiavélica en los meses inmediatamente posteriores al fin de la guerra; más bien al contrario. El capitán Karl Mayr, jefe del departamento de «Información» del ejército en Múnich (encargado de «reeducar» a los soldados tras la revolución socialista), conoció a Hitler en la primavera de 1919, y su posterior recuerdo es claro: «En aquella época, Hitler estaba dispuesto a unirse a cualquiera que le mostrase amabilidad. Nunca tuvo aquel espíritu mártir de “Alemania o muerte” que más tarde utilizó tanto como eslogan propagandístico. Habría trabajado para un empresario judío o francés con tanta disposición como para un ario. Cuando lo conocí, era como un perro extraviado y cansado que buscaba dueño».²¹

Mayr era un personaje inusual. Más tarde pasó de la extrema derecha de la política alemana a convertirse en socialdemócrata y fiero opositor de Hitler. Acabó muriendo en un campo de concentración nazi en 1945. Y, si bien algunos de sus ataques contra Hitler parecían exagerados hasta el paroxismo —afirmaba, por ejemplo, que era tan estúpido que no podía escribirse él mismo los discursos—, no parece haber demasiados motivos para dudar de sus impresiones sobre su primer encuentro con él en mayo de 1919. De hecho, ofrecen la explicación más convincente sobre la conducta de Hitler en aquel momento.

Así pues, Hitler no era un astuto actor político a principios de 1919. Era simplemente un soldado de a pie, desesperanzado por haber perdido una guerra, confuso por lo que le deparaba el futuro, y satisfecho con permanecer el máximo tiempo posible en el ejército, el único hogar y trabajo que poseía. Esto no significa que fuese un lienzo en blanco. Hitler ya creía en ciertos principios políticos —como el pangermanismo—, y el tiempo que pasó en la Viena de preguerra lo había expuesto a diversas influencias antisemíticas de gran virulencia. Pero fueron los meses siguientes de instrucción, como uno de los agentes de «reeducación» de Mayr, los que le permitieron cristalizar su pensamiento.

La tarea de Hitler consistía en hablar con otros soldados acerca de los peligros del comunismo y las ventajas del nacionalismo. Y, para formarse en tales menesteres, Hitler asistió a un curso especial en la Universidad de Múnich

entre el 5 y el 12 de junio de 1919. Allí escuchó varias conferencias, entre ellas «Historia política de la guerra y nuestra situación económica»,²² todas ellas dictadas a la manera «correcta» antibolchevique. A decir de todos, Hitler acogió todo esto con entusiasmo y en agosto lo regurgitó a otros soldados alemanes en un campo situado cerca de Augsburg.

En concreto, daba rienda suelta a despiadadas opiniones antisemitas en sus discursos, comparando a los judíos con el bolchevismo y la revolución de Múnich. No era una idea muy original —era habitual entre los extremistas de derechas alemanes de la época—, y fue aquella ecuación sumamente simplista de judaísmo y comunismo lo que constituyó una fuente inagotable para buena parte de los prejuicios antisemitas posteriores a la primera guerra mundial. «La gente enviada a Bavaria para instaurar un régimen de consejos [comunistas]», decía Fridolin von Spaun, que también era un antisemita convencido, «eran casi todos judíos, si se fija en los nombres de las personas que participaron en aquello. Naturalmente, también sabíamos por Rusia que los judíos ocupaban una posición muy influyente... La teoría marxista también tuvo su origen en un judío [Karl Marx], y Lenin supuestamente se inspiró en ella.»²³

Hitler ya había estado expuesto a una dura retórica antisemita, por ejemplo del alcalde de Viena, Karl Lueger, pero, contrariamente a la visión expresada en *Mein Kampf*, no existen pruebas convincentes que demuestren que era un antisemita consumado antes del final de la guerra. Que sin duda manifestó fuertes posturas antisemitas en agosto de 1919 está claro, pero, para entonces, había asistido a las conferencias de Mayr y había sido testigo del estado de ánimo de numerosos muniqueses en respuesta a la fugaz república soviética que se había establecido en la ciudad.

Con todo, no hay indicios de que Hitler estuviese fingiendo en relación con su antisemitismo. El poder y la fuerza con la que expresaba sus opiniones eran los de un creyente obstinado.

Hitler tenía treinta años. Y es en ese momento, en el verano de 1919, cuando podemos detectar en las crónicas históricas la primera referencia a la cualidad «carismática» que pudiera atesorar. En el campamento del ejército en Augsburg, varios soldados comentaron positivamente la capacidad de Hitler como conferenciante. Un artillero llamado Hans Knoden escribió: «[Hitler] ha resultado un orador brillante y vehemente que obliga a toda la audiencia a seguir su exposición. En una ocasión no pudo terminar un discurso más prolongado [en el tiempo del que disponía] y preguntó al público si le interesaba escuchar su charla después del servicio diario. Todos aceptaron de inmediato. Era obvio que había concitado el interés de los hombres».²⁴

Hitler siempre había despreciado el debate y solo quería dar conferencias. Sin embargo, antes de la guerra no había existido una audiencia receptiva a sus arengas sobre ópera o arquitectura. Pero ahora había gente que estaba dispuesta a escuchar sus opiniones sobre las dificultades de Alemania inmediatamente

después de la guerra. Hitler siempre se había mostrado firme en sus argumentos y jamás atendía a razones. Y en esta crisis, muchos estaban predispuestos a acoger de buen grado semejante inflexibilidad.

Muchas opiniones de Hitler eran ya reconocibles como las del futuro *Führer* del pueblo alemán. El 16 de septiembre de 1919, por ejemplo, Hitler escribió, a petición del capitán Mayr, una declaración antisemita que resultaba inflexible y desagradable. En ella decía que los judíos «causan una tuberculosis racial entre las naciones» y que el objetivo debía ser la «expulsión de todos los judíos» de Alemania.²⁵

Cuatro días antes de escribir esa carta, Hitler había asistido a una reunión de signo político en el salón Leiber de la cervecería Sterneckerbräu, en Múnich. Como parte de su trabajo para el capitán Mayr, a Hitler le habían pedido que observara e informara sobre partidos políticos radicales, y pocos había más «radicales» que el Partido Obrero Alemán. Era apenas un club de debate, formado en enero de 1919 por un cerrajero de treinta y cinco años llamado Anton Drexler y el periodista Karl Harrer. Ambos habían decidido sacar adelante un programa antisemita, antibolchevique y pro obrero como los que ya se habían convertido en un lugar común en la derecha. Drexler había sido miembro del Partido de la Patria, que había sido creado por Wolfgang von Kapp dos años antes y era uno de los innumerables grupos de derechas que existían en aquella época, como la Federación para la Protección y el Desafío Nacionalista Alemanes y la Sociedad Thule.

Aquella noche solo había unas veinticinco personas en el salón Leiber, y cuando Hitler se mostró contrario al llamamiento de Bavaria a declarar su independencia del resto de Alemania, causó una impresión inmediata. Drexler detectó el talento retórico de Hitler y lo alentó a afiliarse al diminuto partido. Aquel fue el momento de unión entre Adolf Hitler y el que había de convertirse en el Partido Nazi.

En las semanas posteriores, Hitler reveló que tenía una «misión»: proclamar cómo podía reconstruirse Alemania de las ruinas de la derrota. Pero todavía no anunció que él mismo era el gran líder que llevaría a cabo personalmente dicha tarea, aunque en su carta de 16 de septiembre en la que atacaba a los judíos mencionaba la necesidad de que Alemania se convirtiera en un Estado autocrático gobernado por individuos también autocráticos: «Este renacer no será puesto en marcha mediante el liderazgo político de mayorías irresponsables bajo la influencia de dogmas de partido o de una prensa inconsciente, ni tampoco por lemas ni eslóganes de cuño internacional, sino gracias a unos líderes nacionales y un sentido interno de la responsabilidad».²⁶ El hombre, al parecer, había descubierto su misión, pero no era una misión que estuviese predestinado a tener.

Después de su llegada a la cervecería Sterneckerbräu, la vida de Hitler cambió. Había sido zarandeado en mares tempestuosos y ahora avistaba tierra. Durante el resto de su vida fingiría que siempre había estado destinado a llegar a ese lugar.